**Diario de viaje a Oriente 1850 – 51**

Lucio Victorio Mansilla

 En viaje de Buenos Aires a Calcuta en la barca norteamericana *Huma*, capitán William W. Henry

Agosto 25

 Varios parientes y amigos me acompañaron hasta la lancha que debía conducirme abordo, donde llegué a las11/2. La una sería cuando el *Huna* desplegó las blancas alas y merced al viento N que le era favorable navegaba tranquilo y silencioso, sólo de tiempo en tiempo se oía una voz que gritaba “three fathoms”. Todos sonreían en esta flotante mansión, sólo yo permanecía triste, inmóvil en el mismo lugar y estasiado, desde allí contemplaba mi patria, mi país, el seno de mis afecciones. El viento susurraba suavemente, el sol brillaba sobre las azuladas aguas del manso Plata y a lo lejos Buenos Aires como elevada roca de nieve en medio del océano. Era una risueña y agradable perspectiva la que se presentaba a mi vista. Pensaba en mi anciano padre, en mi amorosa madre, en mis queridos hermanitos, en mis amigos, y con tales recuerdos y tan hermoso cuadro, era feliz en medio de mi desventura.

 Haría poco más de una hora que permanecía en el mismo lugar cuando el capitán me llamó para enseñarme mi camarote y ver si estaba bien arreglado mi equipage, bagé a la cámara, estuve largo rato arreglando mis baúles y volví a subir a la cubierta pero ¡cielos!, todo había desaparecido, y sólo tenía a mi alrededor un inmenso y nublado horizonte que considerar. Navegamos hasta las cinco de la tarde, hora en que cambio el viento N que nos era favorable y anclamos a unas veinte millas de Buenos Aires.

Agosto 26

 Viento del E. Navegamos todo el día bordegeando hasta que a las seis de la tarde, a causa de haber refrescado el viento E, tuvimos que anclar a unas 35 millas de Buenos Aires. Mi padre, mi madre y mis hermanos fueron mis únicos pensamientos durante el día, y al recogerme, con un fervor poco acostumbrado rogué por ellos al Eterno. ¡Ojalá que mi plegaria haya sido atendida y que la felicidad los rodee como al separarme de su amoroso lado!

27

 El viento E continúa fresco y nos ha obligado a echar dos anclas, estuve mui mareado, no almorcé ni comí todo el día lo pasé en cama mui mortificado.

28

 El viento E continúa fresco y yo mui mortificado por el mareo.

 ¡Abuelita querida vela por tu nieto!

29

 El viento del E continúa, yo tan tenaz como él, sumamente mareado, no he comido cosa alguna, varias veces he procurado subir a la cubierta pero el mareo me ha obligado a volver a mi camarote. Es un estado afligente el de un mareado. ¡Pobre navegantes si habrá quien al pensar en ellos diga quiera Dios que no se mareen más!

30 de agosto

 El viento continúa en contra, sin embargo, bordegeando hemos navegado unas diez millas.

 Son las seis de la tarde, hora en que hemos anclado, pues la calma del viento y la oposición de las corrientes no permiten que el buque camine. El suave monótono ruido de las olas que mansamente se mueven y chocan contra el buque, el aire puro y delicado que sopla durante el crepúsculo y la luna que riela en las aguas, presentan un espectáculo agradable para el viajero que sentado en la cubierta escribe sus pensamientos, los pensamientos cuya inspiración sin duda le debe a la tranquilidad del mundo que le rodea, porque la quietud y la soledad nunca infunden al hombre, por malo que sea, sino ideas de religión de amor y de veneración. Si el hombre pudiera conformarse con vivir lejos de los demás hombres, es decir lejos de la sociedad, no dudo que su conciencia y su estado, se disputarían la tranquilidad, porque el hombre es bueno por naturaleza, la ambición solamente es la que lo pierde, la que lo precipita y la que por joven que sea, hace nacer en su fevril imaginación ideas de odio, de venganza, que no traen sino remordimientos futuros que le privan de ser feliz aún en el seno de la felicidad, los mayores placeres y goces.

 Cuanta razón tiene Espronceda cuando en el III canto de su Diablo Mundo dice:

 Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,

 Que paso á paso á la razón seguimos,

 Que una impresión tras otra recibimos,

 Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,

 Luego á la juventud: ¡Ah! no alcanzamos

 A imaginar la dicha, y la limpieza

 Del alma en su pureza.

 ¿Quién no lleva escondido

su rayo de dolor dentro del pecho?

¿Por cuál dichoso rostro no han corrido

Lágrimas de amargura y de despecho.

¡Quién no lleva en su alma

¡ah! por más joven y feliz que sea,

Un penoso recuerdo, alguna idea,

que nublando su luz turba su calma.

 Pensamientos.

 Cuando el hombre es joven, y se encuentra aislado, entonces es que reconoce la necesidad absoluta de una religión ó creencia, de un Dios á quien encomendar su vida, á quién rogar, por la conservación y sosiego, por la felicidad y bien estar de sus padres.

 Cerca de nuestros padres no conocemos la precisión que de ellos tenemos, cuando nos faltan es que apreciamos su mérito, su valor. ¡Oh, dichosos mil veces! sí, dichosos los que tienen el consuelo, el inefable, grato placer de recibir una caricia paternal. Hoi he estado triste y pensativo, un confuso torbellino de ideas me ha mortificado, yo mismo no he conocido la causa de mi misteriosa agitación y por ver á mi anciano padre, por escuchar una reprensión suya hubiera sacrificado el día más feliz de mi vida, por una severa mirada de mi amorosa madre, hubiera trocado el primer beso de la muger que adoro, pero su presencia me hubiera tranquilizado.

31 de agosto

 El viento del E continúa en contra, pero bordegeando hemos podido llegar a Punta de Indio. Aquí se halla un pontón y un pailebot, pertenecientes a los Prácticos del Río de La Plata, dos buques mercantes, uno sueco y otro norteamericano, esperaban por práctico. El norteamericano es el *Mushingman*, su capitán Mr.Crockcet es el marido de mi sobrina Agustina Sutton, a quien envié una targeta con Mr. John Peter Starack, que era nuestro práctico. Este día ha sido para mí uno de los más agradables de mi viage, pues en él tuve el gusto de ver caminar hacia Buenos Aires algunas cartas que el día anterior había escrito para mi familia, sin embargo alguien ha dicho no hai felicidad completa y tan cierto es esto que un acontecimiento vino á turbar la calma de este bello día.

 En Punta de Indio es el lugar donde los Prácticos dejan de diriguir los buques, porque de allí en adelante el Río de La Plata no presenta obstáculo. Mr. Petter debía pues separarse de nosotros, y esto fue lo que me entristeció, pues separándome de él, me separaba, por decirlo así, quién sabe por cuánto tiempo, del Español, de mi idioma.